

La perra de mi vida

Claude Duneton

«Escribir sobre su perra podría parecer singular, pero he aquí el acierto de este texto breve e incisivo donde las palabras vibrantes desprenden amor y autenticidad.»

Le Figaro

Prólogo y traducción
Antonio Soler

INCLUYE E-BOOK



La perra de mi vida

Claude Duneton

La perra de mi vida

Claude Duneton

Traducción y prólogo de Antonio Soler

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Prólogo

Llegué a Mont-Noir cuando estaba a punto de comenzar la primavera de 2003. Mont-Noir es una suave colina situada en un valle de Flandes, a unos cientos de metros de la frontera francesa con Bélgica. En aquel promontorio rodeado por un bosque espeso vivieron los padres de Margueritte Yourcenar y la propia Margueritte en su niñez. La vivienda familiar fue destruida por los bombardeos de la Primera Guerra Mundial, que devastaron hasta la saciedad toda la región, pero pasados los años las antiguas caballerizas de la mansión fueron transformadas en una casa hermosa, con tejados góticos, asomada al parque que bordea la colina y, al amparo del nombre de Yourcenar, la casa se convirtió en una residencia para escritores europeos.

Viajé en coche desde el sur de España dispuesto a pasar allí unos meses en compañía de un par de escritores con los que compartiría la villa. Ni sabía quiénes eran ni me interesaba mucho. Llevaba a medio escribir una novela, y eso era lo único que en el aspecto literario me interesaba en aquel momento. Sin embargo, todo cambió muy pronto. Uno de los escritores con los que me tocaría compartir el primer mes de residencia era Jean-Paul Dekiss; el otro, Claude Duneton, un asiduo de la villa, a la que acudía para refugiarse del bullicio de París, donde regularmente vivía, y sumergirse por completo en la escritura de alguno de sus libros.

Desde el principio, Dekiss puso sobre la mesa su disposición al debate, su inteligencia. Duneton, ojos azules de zorro, voz levemente rajada, puso el calor, la alegría, el ejemplo. En una de las primeras cenas se autobautizó como el prototipo perfecto del hombre de Cromañón. Ante

las risas de Dekiss y mías interrumpió la cena, se levantó y se apartó de la mesa para explicarnos la naturaleza arcaica de su constitución física. Huesos cortos, estatura baja, hombros cuadrados, pecho fuerte, resistente. Pura energía.

Y la energía empezó a fluir como en una central eléctrica. Fueron unos meses de trabajo muy intenso, marcados por el ritmo estajanovista que moralmente imponía Claude. Gracias a él, Villa Mont-Noir se convirtió en una pequeña fábrica de producción literaria. Personalmente, a una edad en la que uno piensa que ya ha recibido las lecciones fundamentales de la vida, el encuentro con Claude Duneton supuso un trago largo y hermoso de humildad. Un descubrimiento en lo literario y también en lo vital.

Duneton provenía de Lagleygeolle, en Corrèze, un pequeño pueblo de la Francia profunda. Tenía entonces casi setenta

años y una fe en la escritura como uno sólo ha visto en casos excepcionales. Hijo de campesinos y él mismo destinado a trabajar la tierra, escapó de ese círculo estrecho gracias a un maestro rural que, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, consiguió convencer a los padres del pequeño Claude de que liberaran a aquel niño de inteligencia tan viva de los trabajos del campo y le permitieran estudiar lejos de su aldea. Aquel maestro consiguió para Claude una beca que en el futuro podría permitirle trabajar en la SCNF, los ferrocarriles franceses.

Aquello suponía un salto de primera magnitud. Un salto que aquel niño ávido de conocimiento rebasó con creces para llegar mucho más allá de ser un empleado ferroviario. Con el occitano como lengua materna, Duneton llegaría a convertirse en uno de los máximos estudiosos de la lengua francesa de su tiempo, defensor de un francés capaz de asimilar e integrar

en la literatura más exigente dialectos, jergas y lenguajes de la calle. Y así lo dejó patente a lo largo de toda su obra. Aquel niño de las montañas se convirtió en hombre de teatro, autor, profesor de inglés. También se hizo actor y como tal intervino en películas de Tavernier o Kieslowski, *Azul* o *La doble vida de Verónica* entre ellas. Y lo fundamental, escribió y publicó treinta libros.

En los días de Mont-Noir, Duneton trabajaba en *Le monument*, una espléndida novela sobre la Primera Guerra Mundial en la que se narra el destino de un grupo de soldados de Corrèze que combatió en esa contienda. Un día a la semana, Claude se montaba en el coche de la villa y se perdía por la región visitando los campos de batalla. Caseríos, pequeñas aldeas, cementerios, trincheras convertidas ya en dulces hondonadas, planicies en las que décadas atrás la vegetación había crecido de modo exuberante alimentada por el

abono humano de miles de cadáveres. Regresaba de aquellas excursiones provisto de nuevas notas para su novela y de unas increíbles hogazas de pan y unos quesos que, a pesar de ser maravillosos, nunca eran comparables a los que allá abajo, en Corrèze, le tenía preparado su quesero de toda la vida.

A veces, Claude me mostraba unos enormes pliegos de papel llenos de una letra minúscula y apelmazada. El mapa de su novela. Capítulos pergeñados en un palmo de tinta, un bosque espeso, multitudinariamente poblado. No tuvo trato con los ordenadores. De madrugada se le oía golpear una pesada máquina de escribir. Sus horarios eran más severos que los de un monje. Solía levantarse a las 3.30 h. Los domingos a las 5.00 h. Se burlaba tiernamente de mis horarios de hombre mediterráneo, sin importar que, acoplado al ritmo fabril de la villa, me levantase poco antes de las siete de la mañana. Du-

neton había pasado unas vacaciones en Málaga. Conservaba el recuerdo de unos días felices y sentía una profunda simpatía por España, pero no quería volver al sur. Su luz alegre le parecía un engaño, una falsa esperanza que promovía el optimismo, una ilusión. Prefería ir a Finlandia para encontrarse con «la realidad». Aquella realidad dura que aprendió a tratar desde niño en Corrèze, entre los ecos de la guerra y los trabajos incesantes del campo.

Pasada la etapa de Mont-Noir volvimos a encontrarnos. Lo visité varias veces en su casa natal, ésa en la que sin la intervención del viejo maestro rural habría transcurrido su vida de aldeano. En aquel caserón de piedra levantado por sus antepasados y en aquellas laderas profundamente verdes por las que un día corrió la insoportable Rita, su perra, conocí a alguno de sus amigos de la infancia. Pastores, agricultores. Versiones de un Duneton

que nunca se hubiese extraviado por el bosque de las letras.

La última vez lo vi en un hospital de París del que Claude esperaba huir pronto. Fui a visitarlo una mañana brumosa y fría con una querida amiga común, la escritora Sophie Képès. Allí estaba tumbado, irónico y tierno, el viejo cromañón. Mantuvimos un rato de charla jovial a lo largo del cual nos estuvo hablando de Rita, aquella perra de su infancia sobre la que había escrito un breve libro que había sido un éxito en Francia y cuyos derechos le habían servido para pagar los estudios de su hija menor en Inglaterra. «Finalmente aquella calamidad de Rita se está portando bien», nos dijo. Nunca volvimos a vernos. Dejamos a Claude atrapado en el laberinto de pasillos y patios de aquel hospital que parecía sacado de una novela de Victor Hugo.

Pocas semanas después recibí una llamada de Sophie Képès. Claude había

muerto. Su propio hijo, médico, había certificado la muerte. Al día siguiente, como podría ocurrir en un relato de Garriga Vela, Sophie me llamó para decirme que Claude no había muerto. Había resucitado. Pero no lo había hecho en condiciones. Le quedaban secuelas de aquel extraño viaje al otro mundo. Había perdido el habla, parte de su capacidad para moverse. Ante esa situación la familia decidió trasladarlo a una residencia de Lille, muy cerca de Mont-Noir.

Al cabo de unos meses, en 2012, yo volvía a estar en Flandes por una temporada. Entre los principales objetivos estaba el de visitar a Claude. Sophie Képès y yo concertamos una cita en la residencia de Lille para el domingo 22 de marzo. El sábado 21 lo dediqué a recorrer los campos de batalla por los que Claude había deambulado nueve años atrás mientras escribía su novela. Bethune, Saint-Omer, Hazebrouck. Esos nombres que yo había visto

escritos con letra minúscula en los papeles interminables de Duneton. Llegué a la suave colina donde está El Cabaret Rojo, un cementerio cerca de Arrás en el que descansan miles de soldados canadienses perfectamente alineados bajo lápidas blancas y que recibió el nombre del local que estaba situado justamente allí y que fue volado por un obús, con sus alegres ocupantes dentro. Anduve por esos prados que cada año, al ser removida la tierra para el cultivo, todavía expulsan trozos de metralla, balas, restos humanos.

Al llegar por la noche ante mi ordenador encontré un mensaje. Claude Duneton acababa de morir. Ya sin vuelta atrás. Había dejado de vivir mientras yo recorría aquellos campos. La cita que tenía con él después de su malograda resurrección quedaba definitivamente cancelada. Si quería oír su voz tendría que agarrarme a la memoria o, en el peor de los casos, a alguna de esas entrevistas que

andan por el ciberespacio. Si quería reencontrarme verdaderamente con él me quedaban sus libros. Y allí estaba *La perra de mi vida*. El último libro suyo del que estuvimos hablando.

En esas pocas páginas está condensado Claude Duneton. El escritor y el hombre. La primera vez que leí el libro lo hice con prevención. Conocía el asunto y su protagonista. La perra que en su infancia había tenido el escritor. Una recreación que de entrada parecía proclive al sentimentalismo y a la enumeración de unos recuerdos más o menos edulcorados. Bien. La prevención dura exactamente media línea. Es lo que tarda el relato en situarnos con el tono y la esencia de lo que nos vamos a encontrar en las páginas siguientes. Rita, la desastrosa Rita, es un pretexto para interrogarnos a nosotros mismos. *La perra de mi vida* nos habla del descubrimiento de la existencia, su crueldad, el egoísmo, la lucha por la su-

pervivencia en un mundo hostil y, sólo de una forma solapada, escondida por la inclemencia del entorno, de la ternura.

Rita es la excusa a la que recurre Duneton para reproducir un mundo pasado, histórico, y al mismo tiempo crear un universo literario que resulta pasmosamente sólido a través de un texto de esta brevedad. Rita va desvelando con cada una de sus peripecias un paisaje moral y humano. El juego literario es continuo, y fértil, desde el comienzo, desde el título mismo hasta el final del libro con la imagen rotunda y perturbadora de ese hombre de pelo gris que en sueños acaricia perros muertos. El hombre mayor que acaricia su infancia, un tiempo que sólo existe en las brumas de su memoria, en ninguna parte y en todas, como si Rita fuese una magdalena proustiana alegre y también dramática.

La perra de mi vida es la mascota que el niño Claude tuvo y también la vida perra

que se cernía sobre él y los habitantes de aquella región olvidada en los tiempos de la ocupación alemana, cuando el nazismo, el mariscal Pétain y la incertidumbre se abatían sobre una Francia desolada. A través de Rita, aquel niño va descubriendo el mundo y nosotros, tangencialmente, vamos descubriendo a Claude, su desastroso entorno familiar. Los celos de los padres, sus engaños amorosos, sus aparatosas trifulcas.

La ironía, el humor, la sensibilidad y la barbarie se mezclan de modo natural, como lo hacen en la vida, aunque aquí lo hacen a la luz del día, sin el disimulo de la educación urbana. La pupila de un niño sensible va captando y ejercitando la brutalidad, aprendiendo a distinguir el drama de su parodia, intentando, sin conseguirlo nunca, que su perra, él, su mundo, escalen un peldaño y alcancen ese paraíso burgués en el que los perros tienen collar y sus dueños buenas maneras.

Nunca es fácil alcanzar el equilibrio entre elementos contradictorios dentro de una misma narración y mucho menos cuando se trata de un relato no demasiado extenso, donde lo prudente parece elegir entre una serie de elementos más o menos homogéneos, no disolventes. Duneton, como el mejor Bohumil Hrabal, acepta el reto y lo convierte en una pequeña joya literaria. Y lo hace manejando su arma principal, el lenguaje. El autor de *El monumento* aplica aquí todo su aparato teórico sin que por supuesto el lector atisbe el menor rastro de erudición, todo lo contrario.

Cada línea fluye y lo hace inspirada y alentada por el arraigado concepto que Duneton tenía de la lengua como elemento vivo, como medio no sólo de comunicación sino también de integración de varios mundos, de universos que en principio son remotamente lejanos pero que él consigue unir, soldar y ensamblar

con una precisión minuciosa, bella. El erudito rescatando las expresiones populares que oyó cuando despertaba a la vida, el sofisticado estudioso de la lengua francesa usando modos del occitano arcaico, el escritor contrastado recurriendo a las palabras de su niñez. El autor cosmopolita y políglota regresando al paisaje de su infancia, introduciéndose en el alma de aquel niño asombrado como si el tiempo y el torbellino de la existencia no hubieran pasado y la terrible Rita aún anduviera corriendo, huyendo, trampeando por las escarpadas laderas de Corrèze, de la vida.

Antonio Soler

LA PERRA DE MI VIDA

I

«¡Rita!» Siempre había que llamarla cuando se la necesitaba. Desgañitarse hasta desgarrarse la garganta: «¡Ritaaaa! ¡Riiiiiiiita!»». Nada. El grito se perdía entre las hojas, con un débil eco al fondo del pequeño valle.

Y de pronto surgía a toda velocidad, saltarina, despistada. ¡Siempre caprichosa! Febril, una vez que empezaba a correr. Cuando tomaba impulso, ¡se convertía en una flecha! Arremetía contra los animales, no se la podía parar: «¡Rita! ¡Quiieeta!»». Aullábamos, sin apearle el tratamiento de puta o de bicho asqueroso.

Seguía a mi padre a todas partes. Mi padre no sabía cómo meterla en cintura ni prohibirle nada. Naturalmente, él jamás le pegaba, y la perra hacía lo que le daba la gana... como yo. Mi padre no me pegaba

nunca. Chillaba un poco fuerte, pero ni una hostia, nada de bastonazos. De modo que yo también lo seguía... Él caminaba delante, alto y delgado, un poco astroso, con la cabeza inmersa en sus cosas. Podría decirse que, simplemente, dejaba arrastrar su enorme sombra por el suelo, sobre las piedras. Nosotros éramos sus niños, Rita y yo (seres con quienes no sabía demasiado bien qué hacer, y a los que desde luego no quería obligar a trabajar).

Aquel hombre nunca supo dar órdenes... él mismo tampoco era un gran experto en obedecer. Era esencialmente indisciplinado. Nos parecíamos a él, Rita y yo: no se podía sacar nada provechoso de nosotros.

¡Ah, mi Rita! ¡Ella sí que pasaba de todo!

Resultaba molesto cuando mi padre iba a la casa de alguien con aquel chiquillo que seguramente habría estado mejor en cualquier otra parte, en la cama por ejemplo, que allí, pegado a sus piernas, en medio de unas conversaciones que no eran

para él, ¡y la puta perra! Mi padre andaba bien acompañado! ¡*Ouïssi!** La perra entraba en las casas detrás de él.

Hasta yo mismo me daba cuenta de la inconveniencia y me sentía molesto por culpa de Rita... ¡Verdaderamente mi padre no tenía ninguna autoridad! Cualquiera otra persona le habría gritado: «¡*Ouïssi!* ¡Vamos, *défora!*», y su perro habría salido, avergonzado, dócil, a esperar en el patio. Eso demostraba la buena organización de las casas, el orden que reinaba en las familias. ¡Pero, mi padre! ¡Ni siquiera la perra lo escuchaba!

Yo tampoco escuchaba, pero es diferente. Yo era un niño. Mi madre me criaba con la certidumbre de que acabaría mal. Me inculcaba las bases de una venganza pública, inevitable. Los correccionales no estaban hechos para los perros precisa-

* Los términos occitanos se han mantenido en esa lengua. (N. del T.)

mente... Yo esperaba a todas horas que cayese sobre mi cabeza un castigo del cielo que pondría las cosas en su sitio. Pagarlas todas juntas. ¡Me la tenía bien ganada! De modo que podía ir a parar allí: el día menos pensado recibiría mi castigo, ¡mi indisciplina, todas mis majaderías purgadas de golpe! Y luego, de todos modos, vendría la cárcel, era previsible... Quizás el patíbulo que aguarda a todos los que han ido por mal camino.

Yo tenía un pase, ¡pero la perra! Era el escándalo en estado puro. Una mala bestia de su ralea nunca podría redimirse... ¡Para ella no había prevista una rehabilitación suprema ni un purgatorio! Sólo le quedaba la perspectiva, a veces sordamente evocada, de un fin prematuro... Cuando de verdad había tocado los cojones, mi madre (desgañitándose también) lanzaba la sugerencia de deshacerse de aquel sucio animal... de un modo violento, por supuesto. «¡Te caerá una desgracia encima,

ya verás!» Mi madre decía eso con un aire sombrío. En dialecto, naturalmente, la única lengua que la perra entendía...

«Total, ¿para qué sirve? ¿Tú me puedes decir para qué sirve?» Mi madre lanzaba la pregunta. La perra no era buena ni para el ganado ni para las personas... Si alguien se acercaba a la casa, ella daba dos o tres ladridos por la sorpresa, pero después nada. Le hacía carantoñas a cualquiera que llegase. ¡Sí! ¡Estábamos bien protegidos! «¡Desde luego se puede uno fiar de ella! ¡Qué vergüenza semejante perra!»

Pero cuando mi madre se exasperaba de verdad con la gandulería de la perra era al ver cómo los animales se escapaban de la alambrada sin que a Rita, aquella perfecta calamidad, se le hubiera pasado por la cabeza la menor idea de vigilarlos. ¡Menudas broncas le echaban! ¡Peor que a mí! «¡Nada más sirve para tragar!» La verdad es que comía como una lima. Una boca inútil. Como yo, aunque yo era alguien...

Rita, a fin de cuentas, no era mi hermana, no era nadie. Mi madre decía: «¡Sería mejor matarla y buscar otra, joder!». No había más que hablar. Si la ocasión se presentaba, veríamos qué ocurría. Mi madre, a veces, se ponía roja de ira, se quedaba sin aire, extenuada... Los sufrimientos le proporcionaban un punto de vista práctico: «¡Tanto alimentar a un perro tiene que servir para algo!».

Pero necesitábamos un fusil y, ¡mira por dónde!, estábamos en guerra. El pueblo se hallaba totalmente desarmado. ¿Qué hacer? Los fusiles de la parroquia habían sido entregados al Ayuntamiento. Yacían amontonados bajo el retrato del mariscal Pétain.

Rita había aprovechado la coyuntura de las hostilidades: éramos un pueblo vencido. ¡Sí, podía darle las gracias a los boches! Aunque, la verdad, yo sabía dónde estaba el fusil de mi padre, a sus anchas, si puede decirse de ese modo. Por-

que él había satisfecho la cuota entregando un viejo chisme, de la época de Matusalén, con el que hasta entonces yo me divertía. En el fondo, Vichy había requisado mi fusil. El otro, el Simplex de la fábrica de Saint-Étienne, mi padre lo había escondido, embadurnado de grasa, en el bosque, en el tronco de un castaño. Mi vieja espingarda valdría hoy una fortuna en cualquier anticuario, pero sigamos... Jamás, por ninguna razón, mi padre le habría disparado a la perra.

De modo que Rita pudo envejecer como cualquiera de nosotros. Con los años, la Liberación, y todo eso, adquirió una cierta cordura. Nadie volvió a hablar de cargársela más que de tarde en tarde, y sólo por decirlo... Hubo intención de amarrarla con una cadena para impedir que anduviera por ahí y que por lo menos la muy zorra guardara la casa... De tarde en tarde, y de manera teórica, se había considerado la posibilidad de ponerle un

collar. ¡Palabrerías! Veleidades sin consecuencias... ¡Para empezar habría hecho falta echarle el guante!

Era muy bonito decirlo, un collar... ¿Hecho de qué? No podíamos tener un collar de cuero, comprado, ¡con lo que habría costado! ¡No señor, muchas gracias! Los perros de campo no tenían ese tipo de refinamientos. Eso estaba bien para los perros de ciudad, tal como se veía en los libros ilustrados, unos perros que se llamaban Azor y que a veces llevaban un abrigo de lana roja... En último caso se le habría podido colocar un trozo de cadena alrededor del cuello, bastante corto, con los dos eslabones de los extremos atados con un alambre. Llegamos a planearlo... Pero no teníamos una cadena lo suficientemente fina, incluso creo que no teníamos cadena de ningún tipo. El debate sobre el collar reaparecía por temporadas y nunca llegaba a nada... Mi madre se lo echaba en cara a mi padre, ¡tan

holgazán! Aunque fuese una sogá, no era pedir nada del otro mundo: «¡Claro, tú en cuanto hay algo que hacer desapareces!» . Mi padre le respondía con una grosería del tipo: «¡Vete a la mierda!» . Estoy seguro de que, básicamente, mi padre no era partidario de ningún tipo de collar. Si lo cogías de buen humor soltaba una de sus pullas favoritas, de las que le servían para quitarse de en medio las cuestiones complicadas. Decía: «¡Hazme una paja!» . Mi madre, ya sin poder aguantar más, me decía: «¡Es un guarro!» .

Durante el invierno, la perra se acostaba tranquilamente debajo de la mesa, frente al fuego. En verano, cazaba moscas conmigo. Con un golpe seco de la boca, clac... ¡Era hábil a más no poder, mi Rita!

A la larga todo el mundo acabó resignándose a ella. Hubo que capitular, había lugar para la esperanza... Conmigo también. Yo crecía.